

Frente a Velázquez

a Sandalio de Castro

1

Sin duda, amigo, estoy alborotado.
Huele a pintura real, a levadura.
Y siento al paso la desgarradura
del corazón del Arte desgarrado.

Un lienzo allí, como recién pintado,
me dicta las palabras. Su figura
habla con el paisaje. Y a pintura
huele el sol que descansa aquí a mi lado.

Me has invitado a estar con los pintores
de buena fe, como se está en la pena.
Pero yo canto a sus alrededores.

No sé si mi canción suena o no suena.
Pero yo canto. Y canto en los colores.
Y de colores mi canción se llena.



2

Esta palabra marginal te entrego
a la orilla de un libro manuscrito.
En este verso a dialogar te invito.
Y en este otro meditemos luego.

Diego Velázquez, silencioso Diego,
alargado en los labios te repito.
Hay un pincel clavado y necesito
toda su luz para quedarme ciego.

Diego Velázquez, siesta de la espada,
agudo tornasol de geometrías,
esgrima heroica de la luz cromada:

Esta palabra mía —apenas nada—
y estas penas que tengo, apenas mías,
cruzan tus cuadros a la desbandada.



3

Don Sebastián de Morra, en cada mano
condena su tristeza. Y nos aprieta
con su mirada oscura, casi quieta,
en un palmo de tierra cortesano.

Entre las piernas de su soberano
le vuela el corazón de marioneta.
Y estoy seguro que su voz nos reta
a que bajemos a sus pies de enano.

Frente a Velázquez, breve, casi hondo,
casi pozo de vino para el labio,
en su estatura mínima se encierra.

Sentado a gusto y esperando al fondo
el agravio de Dios y el desagravio
del dios que le olvidó sobre la tierra.



J. A. Villacañas